



# Laudate

Boletín de Nuestra Señora de la Cristiandad – España

N.31 - ABRIL 2024

**La Resurrección,  
perpetuación del  
Sacrificio**

*D. Tomás Miguet Civera, Pbro.*

**La fecha de la Pascua,  
causa inal del  
calendarios**

*Víctor Asensi Ortega,  
Universidad de Valencia*

**Un “dogma” laicista: la  
falsedad de las reliquias**

*Jorge-Manuel Rodríguez  
Almenar,  
Universidad de Valencia,  
Presidente del Centro Español  
de Sindonología*

**Notas de actualidad**

*II Encuentro de Jóvenes NSC-  
E*

*Abierto el plazo para la  
creación de capítulos*



Estimados peregrinos:

Para celebrar la gran fiesta de la Pascua florida el boletín Laudate nos trae unas interesantes reflexiones sobre diversos temas de actualidad.

Ya estamos en los meses previos a la peregrinación y son muchos los preparativos para los que esperamos contar con vuestra oración y vuestro apoyo. Este año se prevé un aumento de peregrinos, por lo que se hace más necesario que nunca contar con un gran número de voluntarios para atender las diversas áreas que componen la logística de la peregrinación. Las inscripciones para el voluntariado ya están abiertas a través de la web, por lo que os animamos a todos los que hayáis participado otros años caminando, a vivir una experiencia única de entrega a los demás.

¡La Santina nos espera a todos!

**Diana Catalán Vitas**  
*Presidenta de NSC-E*

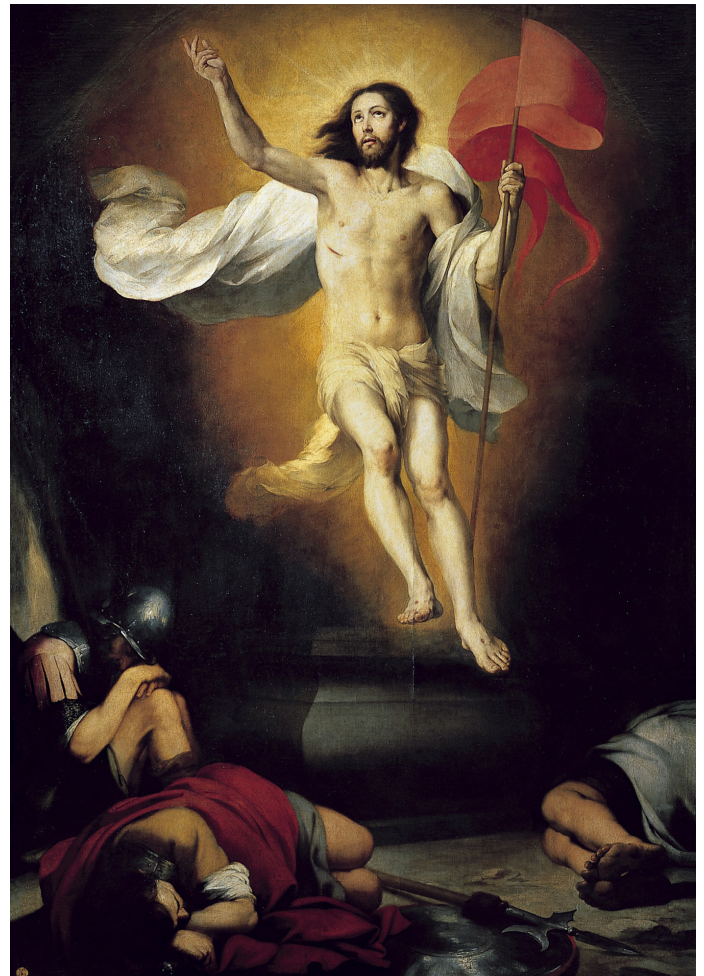
# La Resurrección, perpetuación del Sacrificio

D.Tomás Minguet Civera, Pbro.

¿Cuál es la relación entre la Resurrección y la muerte de Cristo en la Cruz? ¿Qué “le hace” la Resurrección a la Cruz? Pareciera a veces que aquella fuera una suerte de rectificación o anulación de ésta; que la Pascua, a fin de cuentas, hubiera suprimido la ignominia de la Cruz, para que ahora (¡por fin!) vivamos una vida nueva y resucitada (signifique esto lo que signifique). Pareciera que, tras la Cruz, una suerte de “deus ex machina” hubiera intervenido –saltándose tramposamente el guion– para reconducir la historia hacia un final feliz. Pareciera, en fin, como suele ocurrir hoy, que hay que entender el “misterio pascual” de un modo genérico y unificador en el que la muerte y resurrección de Cristo tuvieran el mismo valor meritório redentor. A veces, el planteamiento no es tan drástico, pero con similares consecuencias: se concibe la Cruz como un paso necesario pero transitorio hacia esa estación de término que es la Resurrección, entendida como la situación actual del cristiano, ya en esta vida.

¿Es así? ¿Es la Resurrección un olvido o superación de ese “accidente fatal” que fue la Cruz de Cristo? ¿Es la Santa Misa un banquete festivo de celebración de Cristo resucitado? ¿Es, por lo tanto, “exagerado y dolorista”, “anticuado y superado”, creer, ¡saber!, que «en la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo» (Santa Teresa)?

Entonces, ¿por qué la vida entera de Cristo es un “subir hacia Jerusalén” y todo lo demás queda subordinado a ese “cáliz que debe beber” y a “ese bautismo con el que se tiene que bautizar”? ¿por qué Cristo instituyó un sacramento que es memoria y renovación del sacrificio de la cruz?, ¿por qué signarnos cada día con la cruz –“la señal del cristiano”, decían los antiguos catecismos–?, ¿por qué los santos –los verdaderos hombres nuevos– han vivido su vida como una configuración con Cristo Crucificado? O, sin más, ¿por qué la Cruz?



*Resurrección del Señor, de Bartolomé Esteban Murillo (1650-1660). Óleo sobre lienzo. Capilla de la Expiración del convento de la Merced Calzada, Sevilla.*

La muerte de Cristo –libremente asumida por Él y vivida como un sacrificio redentor, expiatorio y vicario «*pro vobis et pro multis*»– no es un dato que haya que superar, sino una verdad perenne a la que siempre volver, de la que siempre partir, mientras dure el hoy de la historia. La fe de siempre de la Iglesia, desde las mismas palabras de Cristo («era necesario»), pasando por la predicación apostólica, la doctrina de los Santos Padres, y la verdad orante y litúrgica de la Iglesia, no nos permite alejarnos de la Cruz de Cristo como “algo superado” en aras de una



resurrección que la suprema. Al revés, propiamente el modo en el que Cristo (de modo vicario) ha dado satisfacción a Dios por nuestros pecados ha sido por medio de su pasión y muerte; su resurrección y su ascensión, en cambio, son dos misterios que siguen a la muerte de Cristo, como premio y consumación.<sup>1</sup>

La insistencia de la Palabra de Dios es siempre la misma: es necesario, *ahora*, morir con Él para, *más adelante*, resucitar con Él. «¡Nosotros predicamos a Cristo crucificado!», proclama san Pablo a los porfiados Corintios (cf. 1Cor 1, 23). Y con no menos fuerza recrimina a los insensatos Gálatas que se hayan olvidado tan pronto del Crucificado. San Pablo no piensa ceder: «En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (Gál 6, 14).

De ahí la necesidad de que el Sacrificio Redentor de Cristo, su pasión y muerte en Cruz, no quede en el pasado como un hecho más o menos memorable o evocador (y mucho menos como un accidente que “pilló a Cristo por sorpresa”), sino que despliegue su eficacia y presencia todos los días de nuestra vida (hasta que muramos) y todos los días de la historia (hasta que Él vuelva).

Pero, ¿cómo puede perpetuarse un hecho del pasado?

<sup>1</sup> «Ni la resurrección, ni la ascensión, ni la glorificación del cuerpo ni su ascensión a los cielos fue un mérito de Cristo, sino que constituyó algo merecido para Él en recompensa por la humillación que sufrió en su pasión y muerte. [...] En el aspecto soteriológico, la resurrección no es, sin duda, causa meritoria de nuestra redención como lo fue la muerte en cruz, pero es la consumación victoriosa de la obra redentora. Pertenece a la integridad de la Redención y la Sagrada Escritura la propone formando un conjunto con la muerte redentora; es figura de nuestra resurrección espiritual del pecado y es figura y prenda de nuestra resurrección corporal. De semejante manera, la ascensión es la consumación gloriosa de la obra redentora de Nuestro Señor Jesucristo, así como el *typo* de nuestra resurrección corporal. Pero cuando se quiere precisar el valor salvífico de estos tres grandes misterios de la redención, se ha de decir que solo la cruz es causa meritoria de ésta, mientras que la resurrección y la ascensión son su causa ejemplar y eficiente. En la teoría del Misterio Pascual ya no se hacen estas distinciones sino que se habla indistintamente de “redención” en general y esto podría dar a entender que hemos sido redimidos por la cruz y por la resurrección en un plano de igualdad total». Pablo Marini, *El drama litúrgico* (Buenos Aires, 2018), 64-65.

Éste es el misterioso y eficaz y bendito poder de la economía sacramental: Cristo, habiendo resucitado y ascendido al Cielo, ha actualizado real, verdadera y sustancialmente su Sacrificio en la Santa Misa y, por ella, en el resto de sacramentos. Por así decir, lo ha perennizado. Nos ha regalado de este modo la increíble posibilidad de que, en cualquier momento de la historia y de nuestras vidas, podamos acceder realmente al Calvario, para poder participar *de verdad* (¡no de recuerdo!) en su entrega total «por nosotros y por nuestra salvación». En una conferencia sobre educación, Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) dijo estas palabras:

“El Salvador murió en el Calvario por nosotros. Pero a Él no le bastaba con este sacrificio de la muerte para completar de una vez para siempre la redención para nosotros. Él quiere ofrecer a cada uno personalmente los frutos de su obra. Por eso Él renueva diariamente el sacrificio en el altar, y todo aquel que con corazón creyente participa, queda purificado en la sangre del Cordero y renovado espiritualmente. Toda santa misa está determinada para alimentar a los hombres con la abundancia de la gracia que pueda ser alcanzada, es decir, para aquellos que les sea posible estar presentes y hacerla fructífera para sí y para los demás. Pero quien pudiera estar presente y no lo está, pasa con frío corazón ante la cruz del Señor pisoteando su gracia”.

¡Él quiere ofrecer a cada uno personalmente los frutos de su obra! ¡Diariamente! Para que quien *participe con corazón creyente* quede purificado en la sangre del Cordero. Por eso, Él quiere *ofrecer* esos frutos *a cada uno*. No se nos impone la Redención como si fuéramos marionetas. No nos la inculca obligatoriamente. *Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te*.

Así, para que no olvidemos la íntima conexión entre Cruz y Resurrección, Cristo resucitado *sigue* portando las llagas abiertas (cf. Jn 20, 20). Del mismo modo, como revela el Apocalipsis, el Cordero está a la vez de pie y degollado (cf. 5, 6). Para eso ha perpetuado su sacrificio cruento en el sacrificio incruento del altar. No estamos ante un recuerdo, sino ante la misma realidad. Y así está también en el Sagrario: resucitado y, por eso, eternamente sacrificado.

La Resurrección de Cristo, por tanto, nos permite entender y participar del valor perenne del misterio de la Cruz, que no fue un hecho aislado, puntual

y transitorio, sino la identidad sacerdotal de nuestro Redentor: eternamente sacrificado, eternamente entregado, eternamente crucificado, *pro vobis et pro multis*.

Por tanto, ¿no radica más bien aquí, en esta posibilidad real de participar de la Redención objetiva de Cristo en la personal vida de cada uno, la íntima y misteriosa alegría pascual? Ésta no es una alegría fatua ni mundana. No es la alegría porque ya no hay Cruz, sino, paradójicamente, porque ahora, mientras peregrinamos hacia el Cielo, podemos abrazarnos a ella. Es la alegría que se expresa en el grito del *Aleluya*: la alabanza a Dios porque nos salva de la condenación, dándonos la posibilidad real y eficaz de entrar

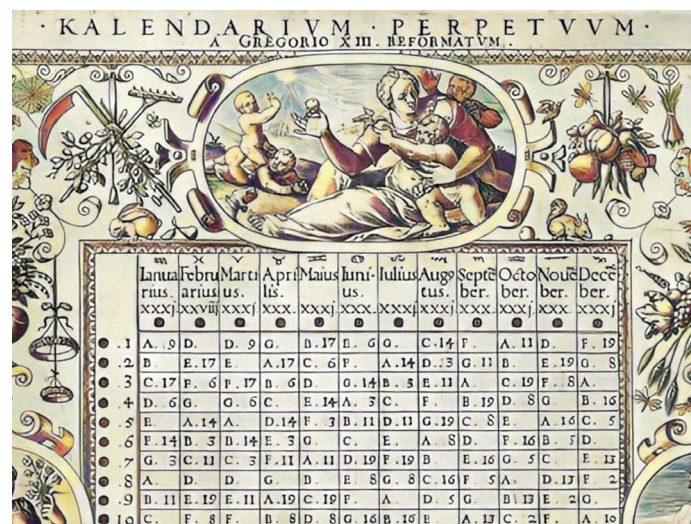
en el camino de la salvación. Es decir, la alegría de que ahora podemos, de verdad, arrepentirnos, cargar con nuestra cruz, seguirlo y morir con Él (cf. Mt 16, 24) y así despertar un día en la Patria. *Ella sola es el camino para el Cielo*. Por la Pasión del Hijo, sí, se nos ha abierto la puerta de entrada al camino angosto de la Cruz. Su Sangre derramada para nuestra salvación, como escribía el Papa San Clemente a los Corintios, «alcanzó la gracia de la penitencia para todo el mundo». Hasta ese momento, en efecto, la muerte, orgullosa, cerraba el camino de la conversión y de la penitencia, haciendo inútil llorar por el mal cometido y tratar de repararlo. ¡Vanos esfuerzos prometeicos! Ahora, esta puerta, que es estrecha, se ha abierto... hasta que Él vuelva. ¿Querremos entrar por ella?

## La fecha de la Pascua, causa final del calendario

Víctor Asensi Ortega, Universidad de Valencia

El ser humano lleva toda su presencia en la Tierra intentando confeccionar calendarios precisos. Y aunque la suma facilidad con la que accedemos a la fecha de hoy nos induce a pensar que el calendario es un invento trivial, en realidad se trata de uno de los más exigentes. La idea que subyace a cualquier calendario es la medición de un fenómeno astronómico repetitivo que pueda usarse posteriormente como referencia para la fecha de cada día. Así, el movimiento de la Luna y el Sol respecto a la Tierra han sido los dos fenómenos básicos de los que parten la inmensa mayoría de calendarios.

Los calendarios lunares tienen la ventaja de ser fácilmente observables en una frecuencia corta de tiempo (las fases lunares siguen un ciclo de 29,5 días<sup>1</sup>) pero tienen la desventaja de desincronizarse



rápido de las estaciones. Las estaciones, que se deben al ángulo de declinación solar, se rigen por el movimiento de translación de la Tierra alrededor del Sol que dura 365 días. Por eso el año lunar de 12 meses, aunque se queda muy cerca de 365, resulta en un año de 354 días y un desfase de 11 días respecto al ciclo del Sol. Los calendarios solares, aunque son

<sup>1</sup> Tanto éste como todos los datos numéricos de la duración de un ciclo del artículo se refieren a la media redondeada de cada ciclo. Aunque la Luna gira sobre sí misma en 28 días, las fases siguen un ciclo algo superior debido a la rotación de la Tierra.



menos intuitivos de deducir mirando el cielo, tienen la ventaja de mantener los días de cada mes dentro de la misma estación del año.

Por ejemplo, el mes lunar de Ramadán, un mes del calendario estrictamente lunar propio del Islam, comienza 11 o 12 días antes cada año gregoriano, causando que el Ramadán pase por todas las estaciones del año en unos 33 años. Por eso, aunque este año 2024 el primer día del mes Ramadán cayó 10 de marzo, hace 20 años, en 2004, cayó 14 de octubre. Es por eso que no puede utilizarse un calendario estrictamente lunar para referenciar ciertos eventos repetitivos a lo largo de los años —no puedes «*sembrar tomates cuando empiece el Ramadán*» porque los estarás sembrando cada año en diferentes estaciones.

Para evitar este desplazamiento pero seguir guiándose por la Luna, muchos calendarios antiguos ajustaban la fecha lunar a la solar de forma periódica —eran luni-solares. Este era el caso del calendario babilónico y hebreo. El ajuste en ambos casos consistía en añadir un mes extra o «embolismo» cada tres años, lo que mantenía los meses relativamente estables dentro de las estaciones. En el caso hebreo había otro motivo acuciante para mantener el año lunar relativo a las estaciones: La Pascua debía caer después del equinoccio de primavera<sup>2</sup>.

En el Deuteronomio el Señor mandó a su pueblo «*Observa el mes de Nisán celebrando la Pascua del Señor*». Nisán procede del acadio y significa «rebrote», «raíz tierna». En la segunda Epístola del Viernes Santo (según el misal de 1962), escuchamos los mandatos de Dios a Moisés y Aarón respecto a la Pascua, siendo el primero ellos «*Este mes [Nisán] será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año*». Es decir, no bastaba con empezar cada año lunar en Nisán, sino que además Nisán debía caer en primavera.

Los calendarios luni-solares, aunque evitan el desfase desbocado de un calendario lunar, son menos precisos que los solares. Por ejemplo, el calendario solar egipcio constaba de 12 meses de 30 días y 5 días extras al final. El desfase anual en este caso era solo de 6 horas, dado que el ciclo solar no es exactamente de 365 días. Poco antes de la con-

quista romana de Egipto, Julio César adaptó y corrigió el calendario egipcio añadiendo un día extra al sexto mes del calendario romano cada cuatro años (de ahí el nombre bisiesto) reduciendo el error de desfase estacional a un día cada 128 años, debido a que la Tierra tarda unos 11 minutos menos de 6 horas en regresar a la misma posición respecto al Sol. El nuevo calendario juliano, mucho más preciso que cualquiera hasta el momento, se adoptó con relativa rapidez por todo el imperio y era ya dominante en los años de vida pública de Nuestro Señor Jesucristo.

Los Evangelios declaran con certeza que Cristo murió crucificado el 14 del mes Nisán, en la preparación de la Pascua. Y aunque haya discusión sobre qué día del calendario solar correspondía al 14 de Nisán el año que murió Cristo, la tradición siempre lo ha situado el 25 de marzo, el mismo día que se encarnó, como dice explícitamente San Agustín en *De la Trinidad*. Muchos eventos de la historia de la Salvación se han situado el 25 de marzo, incluso la propia creación del universo, dejando el Sol y la Tierra en posición del equinoccio vernal<sup>3</sup>.

Al ser Nisán un mes lunar, la mitad del mes —la noche del 14 al 15— corresponde con el plenilunio, el momento donde Dios comanda a Moisés y Aarón celebrar la Pascua. Los primeros cristianos, sabedores de que Cristo completó la imagen de la vieja Pascua en su misterio Pascual, continuaron celebrando unánimemente estos misterios tras la primera luna primaveral. Y aunque la gran mayoría de cristianos mantenían el ayuno cuaresmal hasta el primer domingo después del plenilunio (por ser el domingo el día de la Resurrección) unos pocos cristianos en Antioquía lo rompían el mismo 14 de Nisán, independientemente del día de la semana que fuera.

La controversia sobre la fecha de la Pascua fue temprana, al menos desde el año 120 según San Ireneo. Los cuartodecimanos (llamados así por celebrar el 14) defendían que habían recibido esa tradición del Apóstol San Juan, quien murió en el año 100. Sin embargo, la tradición apostólica del resto de Iglesias apuntaban al domingo. Siendo la Pascua la fiesta central del calendario litúrgico, la Iglesia intentó por todos los medios unificar la práctica en Asia menor.

<sup>2</sup> F. Gigot, "Jewish Calendar", en *The Catholic Encyclopedia*. New York: Robert Appleton Company, 1908. Disponible [aquí](#).

<sup>3</sup> T. C. Schmidt, "Calculating December 25 as the Birth of Jesus in Hippolytus' Canon and Chronicon", en *Vigiliae Christianae* Vol. 69, Issue 5 (2015), pp. 542-563). Brill. Disponible [aquí](#).



Finalmente, el Papa S. Víctor I zanjó la controversia en el año 190, ordenando que la Pascua se celebrara siempre el domingo después del primer plenilunio primaveral y no en el mismo plenilunio, bajo pena de excomunión para aquellos que mantuvieran la práctica cuartodecimana<sup>4</sup>.

Tras este decreto la práctica se extinguió rápidamente, pero no los problemas con datar la Pascua. Gracias a la reforma juliana, ubicar en el calendario el equinoccio vernal era mucho más sencillo, pues apenas se había desplazado un día desde la primera Pascua cristiana hasta el decreto de Víctor I. Sin embargo, de igual manera que un calendario lunar se desincroniza de las estaciones, un calendario puramente solar se desincroniza de la Luna. De esta manera, cuando pasa un año juliano, la Luna no solo se encuentra 11 o 12 días por detrás, sino que cuando pasen esos días puede encontrarse en cualquier otro punto de su fase.

Pero igual que los calendarios luni-solares pueden intentar mantener la sincronía añadiendo meses embólicos, los calendarios solares pueden calcular el desfase lunar usando la epacta – la edad de la Luna el primer día del primer mes del calendario solar. En la antigüedad, Metón, un astrónomo ateniense, descubrió que 235 lunaciones se correspondían a 19 años solares. Es decir, que cada 19 años la Luna volvía a su punto «exacto». Así cada año tenía una epacta del 1 al 19 que permitía calcular el desfase lunar. Este método, pese a que se acogió con tanto entusiasmo que se grabó en oro en el templo de Atenea (de donde recibe su sobrenombre «número áureo») tampoco es exacto y también acumula desfase<sup>5</sup>.

Aún con todo, los ciclos metónicos eran una manera más fiable de fijar la primera luna vernal que intentar seguir el calendario hebreo y ubicar el 14 de Nisán, pues aunque los meses embólicos siguen un ciclo para reajustarse, normalmente era el sanedrín el que empíricamente declaraba el comienzo de Nisán cuando la cebada maduraba. Una vez introducido el calendario juliano, la mayoría de cristianos re-

currieron al ciclo metónico, pues por la imprecisión del calendario hebreo, los cristianos que celebraban la Pascua con los judíos, llegaron incluso a celebrar la Pascua antes del equinoccio, celebrando dos Pascuas al año (de equinoccio a equinoccio), cosa inadmisibles.

El Concilio de Nicea, en su labor de codificación y unificación de la doctrina cristiana, fijó también la fecha de la Pascua. Aunque el documento original no ha sobrevivido, una carta de Eusebio de Cesarea indica que el Concilio buscó fijar una fecha fácil de calcular para toda la cristiandad en el calendario juliano pero sin renunciar a relacionarla con el primer plenilunio vernal<sup>6</sup>.

La primera medida fue fijar el 21 de marzo como fecha del equinoccio, independientemente de las observaciones astronómicas, para asegurar que la Pascua se celebrara siempre en primavera. Esto pasó a conocerse como «equinoccio eclesiástico». Es por eso que la fecha más temprana posible para el Domingo de Resurrección es el 22 de marzo, cuando el plenilunio coincide con el equinoccio eclesiástico. Además, estableció los ciclos metónicos como el método para calcular el plenilunio y decretó que el Domingo de Resurrección sería el domingo siguiente a esa fecha.

Es muy probable que los Padres de Nicea supieran que la solución no iba a ser definitiva. Aunque con las normas fijadas cualquier Iglesia podía calcular la fecha de la Pascua, el Concilio emplazó a la Iglesia de Alejandría a que informara al resto de la fecha de la Pascua. En Alejandría trabajaban los astrónomos más competentes (de ahí salió el calendario egipcio y juliano) que ya notaban síntomas del desfase del calendario juliano y los ciclos metónicos, pues llevaban siglos calculando la fecha de Pascua. Pero el Concilio primó la celebración conjunta de toda la cristiandad de la Resurrección del Señor a la precisión astronómica<sup>7</sup>.

Este sistema siguió vigente algo más de un milenio, hasta los tiempos de Gregorio XIII. Para entonces, el calendario juliano había acumulado ya 10 días de desfase, encontrándose el equinoccio de primavera más cerca del 11 de marzo que del 21. Si la Iglesia solo se hubiese preocupado de unificar el día en la cristiandad y no del equinoccio, no tendría por qué haber modificado nada. Como mucho, modificar el

<sup>4</sup> H. Thurston, "Easter Controversy", en *The Catholic Encyclopedia*, New York: Robert Appleton Company, 1909. Disponible [aquí](#).

<sup>5</sup> A. María Carabias Torres, *Salamanca y la medida del tiempo*. Ediciones Universidad de Salamanca, 2012. Disponible [aquí](#).

<sup>6</sup> *Ibid.*, 4.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 5.



equinoccio eclesiástico para ajustarlo al astronómico y dejar el resto del sistema intacto. Pero esto no fue lo que decidió Gregorio XIII.

En esa época pujante de las ciencias naturales, la Iglesia no solo se dedicó a mirar desde un lado, arbitrar, o amparar otras investigaciones. La Iglesia abrazó totalmente estos avances hasta el punto de acometer la reforma más ambiciosa del calendario de la historia, cuando la computación se hacía con papel y pluma, con una precisión pasmosa, incluso para hoy en día. La forma más precisa para medir el tiempo disponible actualmente son los relojes atómicos, que solo han encontrado un pequeñísimo desfase en la duración media de un año en el orden del segundo respecto a los cálculos usados para la reforma gregoriana<sup>8</sup>.

En la bula donde se aprobó la reforma gregoriana del calendario, el Papa no solo menciona devolver el equinoccio y el plenilunio a sus días apropiados, sino que declara también «fundar un sistema metódico y racional que asegure que, «en el futuro, [...] no se muevan de sus posiciones propias». Incluso nombra explícitamente el año 2000 asumiendo que iba a seguir vigente. Es decir, no era un simple acuerdo, ni un parche temporal, sino que se propuso confeccionar el calendario más preciso, que no dejara de ser preciso, y que además permitiera calcular la posición de la luna con precisión.

El calendario juliano añadía un día cada 4 años porque Alejandría había calculado un desfase de 6 horas. Sin embargo, ahora se había calculado que el desfase en realidad era algo menor, apenas 11 minutos menos que 6 horas. Así, para compensar estos minutos extra que se estaban añadiendo, los años múltiples de 100 no serían bisiestos, a no ser que fueran divisibles por 400. Gracias a esta norma, el equinoccio de primavera pasó de desplazarse un día cada 128 años en el calendario juliano a un día cada 7 700 años en el gregoriano. Además, se instauró un nuevo modo de calcular la epacta, que aunque seguía basándose en el ciclo metónico, reduce notoriamente su error y hace coincidir la gran mayoría de veces el plenilunio eclesiástico con las observaciones astronómicas<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> Los interesados pueden leer sobre el «leap second», una breve introducción [aquí](#).

<sup>9</sup> J. Meeus – D. Savoie, “The history of the tropical year”,

Evidentemente esto no fue cuestión de pocos años. La propuesta de reformar el calendario llevaba casi un siglo en el aire. Colaboraron muchas de las grandes mentes de la época, y la Universidad de Salamanca realizó dos informes al respecto, el primero de ellos en 1515 y el segundo en 1578. Este último comentando también las observaciones que se incorporaron en el calendario final de 1582<sup>10</sup>.

La bula *Inter gravissimas* se publicó en febrero del 1582 y preveía el cambio del calendario para octubre del mismo año: al 4 de octubre (juliano) le seguiría el 15 de octubre (gregoriano). Debido a la precisión del calendario y a su implicación en su advenimiento, las naciones católicas lo adoptaron ese mismo octubre, incluyendo la corona católica bajo Felipe II (que representaba un gran porcentaje de la población mundial), Francia, Luxemburgo o la mancomunidad Polaco-lituana.

Los países protestantes y ortodoxos se mostraron reticentes a aceptar un invento católico y mantuvieron el calendario juliano durante un par más de siglos, siendo el último protestante en adoptarlo el Reino Unido en 1752 (incluyendo las 13 colonias). Los ortodoxos tardaron aún más, siendo Grecia el último país europeo que lo adoptó «para fines civiles» en 1923, pues la mayoría de Iglesias ortodoxas siguen utilizando el calendario juliano con fines litúrgicos, que actualmente se acerca a los 14 días de desfase respecto al equinoccio vernal.

Uno de los argumentos que se daban y se dan contra el calendario gregoriano es que los Padres en Nicea no buscaban la precisión astronómica, sino unificar la fecha para la cristiandad. Es también un argumento que se da para que la Pascua deje de ser móvil. Sin embargo, aunque existía cierta arbitrariedad en la fijación de la Pascua, Nicea dejó claro que sí se preocupaba porque siguiera relacionada con la primera luna vernal, tal y como indican las Escrituras. Y la Iglesia en el s. XVI, sabiéndose técnicamente capaz de mejorar ese trabajo, nos regaló a todos el calendario gregoriano.

*Journal of the British Astronomical Association* vol. 102, no. 1 (1992), pp. 40-42.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 5.

# Un “dogma” laicista: la falsedad de las reliquias

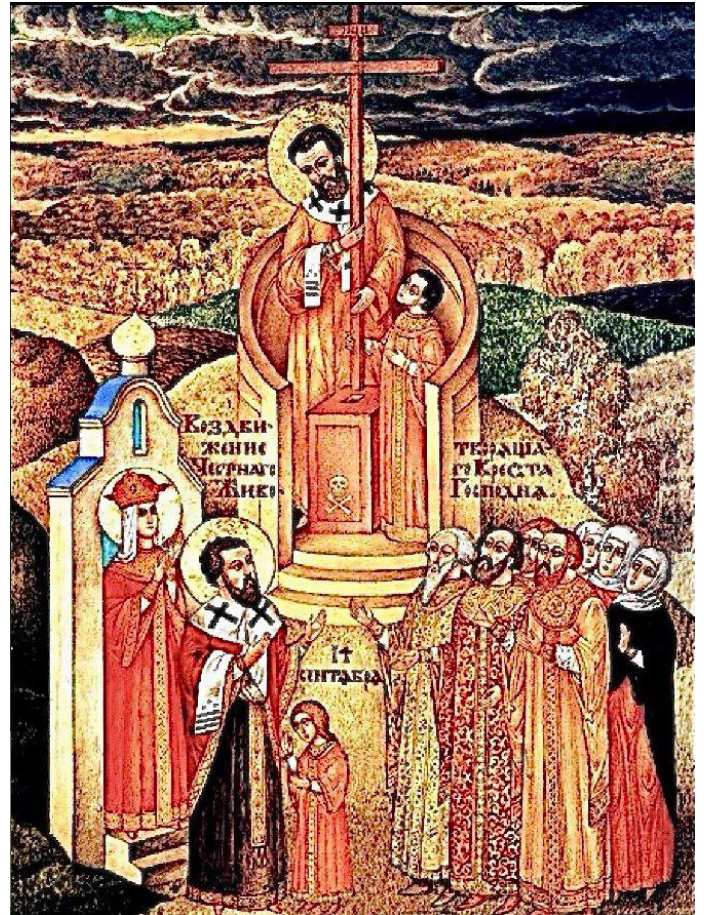
Jorge-Manuel Rodríguez Almenar, Universidad de Valencia  
Presidente del Centro Español de Sindonología

*Pocos temas hay tan desacreditados a nivel popular como el de las reliquias. Jorge Manuel Rodríguez aborda en este artículo algunos de los argumentos que habitualmente se esgrimen contra estos variopintos objetos. «Razones» que explican el escepticismo general existente sobre el tema: ¿No son «demasiadas»? ¿no estamos ante una muestra «santificada» de superstición?, ¿tiene sentido hablar de reliquias a cristianos «adultos»?...*

Es casi una especie de “dogma” laicista la idea de que todas las reliquias son falsas. Quienes tenemos que hablar de temas relacionados con el estudio de las reliquias de la Pasión escuchamos con cierta frecuencia frases despectivas al respecto, (eso sí, pronunciadas con mucho énfasis). Quizá la que más éxito tiene –por su ingenio indudable– es la que afirma: “si se reunieran todos los trozos de la cruz de Cristo habría madera suficiente para hacer un barco”. Esta afirmación es el paradigma de lo que se piensa en general de las reliquias... y, sin embargo, es radicalmente falsa.

## Son muchas, pero no son lo que parecen

Pocos conocen que su autor no fue ningún científico sino el reformador protestante Calvino, conocido por su frontal oposición a las reliquias y por haber hecho de la crítica a su proliferación uno de sus argumentos anti-católicos favoritos. Pero aún es más falso decir que esto es lo que afirman los científicos. Porque, si bien es verdad que han existido científicos que se han propuesto contabilizar toda la madera de los *lignum crucis*, el resultado es el opuesto al que se afirma: Por ejemplo, según los cálculos del profesor Baima Bollone de la Universidad de Turín, si se reunieran todos los trozos de la cruz de Cristo –aun aceptando, sin más, que todos fueran reliquias en sentido estricto– comprobaríamos que ni siquiera conservamos el 50% del palo horizontal de la cruz, el *patibulum*.



Icono de la exaltación de la Santa Cruz

Y ¿cómo es posible –se preguntarán algunos– si conocemos muchas iglesias con *lignum crucis* y se muestran generalmente en cajas-relicario muy grandes? Esa es precisamente una de las claves del misterio. El pueblo confunde muchas veces “lo que se ve de la reliquia”, o sea el relicario, con la reliquia misma. En la mayor parte de los casos las astillas de la cruz que están en el interior no pasan de la centésima parte de un palillo.

Se calcula, por comparación con el travesaño que se encuentra en la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén de Roma, que el *Patibulum* de la cruz de Cristo podría pesar al menos 50 kg y medir unos



46.800 cm<sup>3</sup>. Si el volumen de los fragmentos superiores a 1 cm<sup>3</sup> que tenemos catalogados es sólo de unos 4000 cm<sup>3</sup>, por mucho que existan partículas minúsculas repartidas por el mundo, resulta que hemos perdido la mayor parte de tan preciado tesoro, ¡el supuesto barco tendría que ser de proporciones verdaderamente ridículas!

Lo primero que se suele oponer frente a las reliquias es que son muchas, y convendría matizar un poco sobre su número, pues muchas veces pecamos de etnocentristas y confundimos la realidad de nuestro viejo continente con la que imaginamos en el resto del mundo. Como vemos que en las iglesias francesas, italianas y españolas existen muchas reliquias, pensamos que en todo el mundo es igual e imaginamos miles y miles de estos objetos. No se puede ser tan simple. ¡Pues claro que en nuestro entorno se mencionan muchas reliquias! pero, de existir, ¿dónde tendrían que estar? Desde luego no en América, ni en Oceanía. Únicamente se localizan en la zona sur de Europa y en aquellos lugares donde Asia y África se asoman al Mediterráneo, es decir, en el territorio del antiguo imperio romano. Y no en todo.

Aún así, se nos dice, son demasiadas, y estamos de acuerdo. Es inconcebible que todos estos objetos pasen un simple estudio superficial, con los parámetros que utiliza la ciencia actual. Es verdad. Sin embargo no siempre se trata de falsificaciones, es decir de *“manipulaciones fraudulentas creadas para engañar al pueblo incauto y supersticioso”*.

### Qué se entiende por reliquia

La Iglesia siempre ha distinguido entre reliquias en sentido estricto (partes del cuerpo del santo) reliquias en sentido lato (vestidos y objetos del mismo) y reliquias en sentido latísimo (objetos semejantes que han sido “santificados” por el contacto con el original) y ha dejado constancia de la diferencia. Lo que ocurre es que la existencia de reliquias “de contacto” es una de las causas más comunes de confusión, pues muchas veces la incultura popular las ha convertido, con el tiempo, en “originales”. La mentalidad moderna tiende a considerar que la reliquias que no son originales son “falsificaciones”, pero no tiene por qué ser así. Responden a la voluntad, muy humana, de guardar un recuerdo de algo santo en cuya proximidad nos hemos encontrado. Aún hoy es frecuente ver devotos que pasan estampas, pañuelos

y demás objetos, por lugares o imágenes de su devoción. Es una costumbre que sigue viva.

Otro factor a tener en cuenta –no pequemos de ingenuos– es la mala intención de quien habla de las reliquias. Estamos acostumbrados a ver libros en los que el autor oculta intencionadamente los datos esenciales. “Hay 28 Santos Clavos”, se dice, y el lector sonríe desconfiado. Es lógico. Pero yo me pregunto ¿porqué no se dice a continuación que muchos de ellos tienen unas credenciales absolutamente claras en las que se afirma que están hechos a semejanza del original y “santificados por contacto” o que en su composición se han usado unos gramos del hierro de un clavo original?

### Efectivamente, hay falsificaciones

No obstante lo dicho, es verdad que existen reliquias falsas: su aparición se enlaza fundamentalmente con las peregrinaciones a Tierra Santa y con el auge de las cruzadas. Algunos aprovechados volvían de aquellas tierras con *souvenirs* impresionantes que muchas veces eran aceptados con la mayor buena fe, pero sin la menor investigación (claro que tampoco había muchos medios para investigar...)

Los emperadores bizantinos, siguiendo el ejemplo de la Emperatriz Santa Elena, habían atesorado con verdadera fruición todas las reliquias que pudieron reunir. Podemos aventurar que algunas de aquellas serían falsas pero, sin duda, era en Bizancio donde se reunieron la mayor parte de las auténticas. Realmente los emperadores eran casi los únicos que se lo podían permitir y estaban orgullosos de ello, puesto que su reinado se justificaba y legitimaba con estos objetos. Bizancio era “la nueva Roma”, el imperio cristiano que se había salvado de la invasión de los bárbaros.

Cuando los caballeros occidentales arrasaron la ciudad de Constantinopla durante la cuarta Cruzada –en un episodio vergonzoso que les valió la excomunión papal– muchas reliquias fueron robadas y traídas a occidente de forma clandestina, pero junto a las originarias se añadieron otras de muy dudosa procedencia, porque, “a río revuelto...”

Gente que se dedica a engañar ha existido siempre y sigue existiendo, porque en todos los tiempos ha habido gente crédula y gente dispuesta a ser engañada y es éste un fenómeno que no se circunscribe sólo al pasado o a gentes de poca cultura. ¿Al-



guien ha reparado en la ingente cantidad de publicaciones de temas esotéricos, misteriosos y fantásticos que se venden todos los meses en nuestros quioscos, como si tal cosa? –¿es posible que existan tantos misterios?– Impresiona conocer su volumen de ventas.

Lo cierto es que, el episodio de la cuarta cruzada terminó por enturbiar todo el panorama y, con base en estos hechos, realmente tristes, se afirma injustamente que todas las reliquias son falsas y que no merece la pena ni siquiera tomarlas en consideración.

Se ha pasado del exceso de credulidad al caso contrario: la absoluta incredulidad. De un prejuicio, se ha pasado al prejuicio contrario.

### Es necesario discriminar

No pretendo meter en el mismo saco todas las supuestas reliquias que se veneran en el mundo aceptando, sin más, que sean originales sino, precisamente, lo que quiero apuntar es que, con demasiada frecuencia, le colocamos a todo ese conjunto de objetos dispares el sambenito de la falsedad, sin distinguir en absoluto su carácter y origen. Una actitud que choca frontalmente con la mentalidad científica del mundo contemporáneo.

Que existan reliquias falsas no quiere decir que no puedan existir las auténticas. Es más, solo quien niegue la existencia histórica de Jesús puede negar la posibilidad de que hayan llegado ante nosotros algunos de los vestigios de su paso por la tierra. ¿No guardamos con veneración los objetos que nos recuerdan especialmente a nuestros padres? ¿no los transmitimos a nuestros hijos con legítimo orgullo? ¿qué tendría de extraño, entonces que los apóstoles y Santa María hubiesen guardado algunos objetos de Aquél que dio sentido a su vida y por el que prácticamente todos iban a dar la suya?

No creo que ninguno de nosotros rechazara un fajo de dólares alegando que es la moneda más falsificada del mundo, por muy verdad que sea. ¿No merecería la pena, siquiera, detenerse a estudiar los billetes que nos entregaran para evitar los falsificados y quedarse con los auténticos?

Se me podría decir que el ejemplo no vale porque esto lo haríamos con el dinero porque tiene valor, pero con otros objetos sin valor, ¿para qué?... Y ese es precisamente el tema. ¿Qué valor tienen las reliquias? ¿no les estaremos dando un carácter de fetiche o de amuleto que sería bueno desterrar?

Sinceramente creo que no, porque más allá de algunos abusos, fruto inevitable de la disminución de formación religiosa, las reliquias siguen conservando su valor y, en todo caso, se trata de clarificar y de colocar las cosas en su sitio.

### El valor de las reliquias

En primer lugar, a diferencia del amuleto, el valor cristiano de la reliquia no reside tanto en sí misma, sino ser un instrumento que nos remite a “alguien”. Podríamos decir que, desde este punto de vista instrumental y subjetivo, es poco importante el estudio científico de su autenticidad y, en cierta forma, cumple su misión por el solo hecho de “conectarnos anímicamente” con Cristo o los Santos. Tienen una función semejante al de las imágenes religiosas cuyo valor no puede quedarse en ellas mismas sino en su carácter de “mediación anímica”.

Pero es que, además, las reliquias son verdaderos documentos sin palabras, que nos hablan elocuentemente de quienes nos han precedido en el camino de la Vida, y que –en algunos casos– nos pueden dar una preciosa información de hechos trascendentales de la historia del cristianismo o de nuestra fe. Desde este punto de vista es claro que la única alternativa racional es el estudio científico de estos objetos ¿Acaso podemos saber lo que nos cuentan si no los *leemos*?

La investigación científica profunda realizada recientemente sobre la Sábana Santa de Turín, el Santo Sudario de Oviedo, el Títulus de Roma (el “INRI” de la Cruz), el santo Cáliz de Valencia y tantas otras, además de revalorizar su existencia y el sentido de la tradición cristiana, nos está permitiendo conocer detalles preciosos de la auténtica Pasión de Cristo que valdría la pena describir con detenimiento.

Es más –según se realizan estudios y análisis– nos estamos llevando abundantes sorpresas, pues muchas reliquias aparentemente “absurdas” y, por tanto, “increíbles” han pasado a ser bastante razonables tras un simple estudio histórico y arqueológico, más allá de interesadas intoxicaciones periodísticas o deformaciones populares. La “leche de la Virgen” resulta ser tierra de la “Gruta de la leche” que se encuentra en Belén, la “Pluma de San Miguel” pasa a ser lo que siempre se ha dicho en Liria, (es decir los restos de la veneradísima imagen de San Miguel profanada y destruida en 1936), etc, etc...

Es cierto, hemos de purificar nuestra fe. Pero hay que hacerlo bien. Los españoles llevamos muchos siglos viviendo en el seno de la Iglesia Católica y, como ocurre cuando se vive mucho tiempo en una casa, uno tiende a acumular cosas que no sabe muy bien por qué las guarda. Pero yo, sinceramente, no dejaría que hiciera limpieza de mis recuerdos alguien que no tuviera ningún criterio y menos aún alguien que tuviera un clarísimo prejuicio en mi contra.

Y, entonces ¿por qué permitimos que se haga esto con nuestro patrimonio histórico? Lo que hay que exigir es que se siga en este tema los mismos parámetros de la ciencia de nuestro tiempo y no tener miedo a la verdad, (**aunque nos confirme lo que siempre había dicho la tradición...** que eso es a lo que más se tiene miedo, paradójicamente).

En todo caso, no hay nada menos científico que el prejuicio. Por definición.

## Notas de actualidad

### II Encuentro de Jóvenes NSC-E

Del 26 al 28 de abril tendrá lugar en Priego (Cuenca) el II Encuentro de Jóvenes de NSC-E, al que ya están apuntados más de 50 participantes. A lo largo del fin de semana se llevarán a cabo charlas formativas, actos litúrgicos y actividades lúdicas que servirán para estrechar lazos entre los jóvenes. Pueden participar aquellos que tengan entre 18 y 35 años, e inscribirse hasta el final del día de hoy, 15 de abril [aquí](#).



### CREACIÓN DE CAPÍTULOS

*Hasta el 5 de mayo*



[nscristiandad.es/crear-capitulo](http://nscristiandad.es/crear-capitulo)

### Abierto el plazo para la creación de capítulos

Hasta el 5 de mayo se aceptarán solicitudes de creación de nuevos capítulos para la IV Peregrinación Nuestra Señora de la Cristiandad - España. Los requisitos y el procedimiento a seguir puede leerse [aquí](#).



*Laus Deo, Virginique Matri*